

NEW LEFT REVIEW 88

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2014

ARTÍCULOS

EMILY MORRIS	Cuba inesperada	7
MARCO D'ERAMO	UNESCOcidio	52

ENTREVISTA

GLEB PAVLOVSKY	La visión que Putin tiene del mundo	60
----------------	-------------------------------------	----

ARTÍCULOS

KEVIN PASK	Nacionalismos estadounidenses	72
JEAN-PAUL SARTRE	Marxismo y subjetividad	92
FREDRIC JAMESON	La actualidad de Sartre	122

CRÍTICA

WOLFGANG STREECK	La política de la salida	129
MICHAEL CHRISTOFFERSON	¿Una mente de izquierdas?	138
KRISTIN SURAK	Revendiendo Japón	146
HUNG HO-FUNG	¿Canadización?	159

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

David Pilling: *Bending Adversity: Japan and the Art of Survival*,
Allen Lane, Londres, 2014, 385 pp.

KRISTIN SURAK

JAPÓN EN REVENTA

«Japón no interesa». Hace una década y media, el catedrático de literatura Masao Miyoshi podía titular así, con un giro irónico, un ensayo sobre su país natal. Los dramas que desde entonces han acosado Japón podrían servir para matizar la provocación de Miyoshi. En 2011 el quinto terremoto más potente que nunca se haya registrado desplazó partes del archipiélago cuatro metros hacia el este y devolvió al país a las primeras páginas de la prensa. El tsunami consiguiente alcanzó los quince metros de altura, mató a veinte mil personas, desalojó a 300.000 e hizo estallar el peor desastre nuclear desde Chernóbil. Los capitalistas tuvieron la esperanza de que la destrucción fuera creativa. Cuando se aclararon las aguas, el Partido Liberal Demócrata regresó al poder bajo el liderazgo de un improbable innovador que prometía el relanzamiento de la economía y la revitalización de los espíritus animales del país con audaces medidas inflacionarias. *The Economist* no perdió un minuto en hacer figurar a Abe en su portada, ataviado a lo Superman, agujereando los cielos con el puño.

La crisis económica y el oportunismo provocó en el pasado que una serie de periodistas prominentes se mudaran de los pliegos del periódico a las cuartillas de los libros para evaluar la nación insular. En 1989 Bill Emmott predijo en su libro, titulado con cierta incongruencia, *The Sun also Sets* que Japón seguiría en la brecha (una edición revisada se publicó en menos de un año). El estancamiento posterior animó una década más tarde a Richard Katz a tomarle la temperatura al paciente en *Japan: The System that Soured*;

de nuevo el diagnóstico (solo la reforma electoral podría despertarlo) se equivocaba al leer los síntomas. Con *Bending Adversity: Japan and the Art of Survival*, David Pilling se une al grupo. Una docena de años cubriendo la información sobre Asia Oriental para el *Financial Times* le han preparado para actualizar la tradición con otro producto de diseño que aúna diagnóstico y receta económica, con todas las servidumbres del género. Escrito para un público anglosajón no especializado, el libro de Pilling se lee mejor si no se considera únicamente un ejemplo más de este género en expansión, que se compone de obras escritas por corresponsales extranjeros que dan un paso atrás para ver en su conjunto las sociedades a las que les han destinado, sino también como una ilustración de las maneras en las que Japón está cambiando en el imaginario liberal. En ambos respectos, el tono y el método de Pilling son característicos.

Bending Adversity está flanqueado por unas vigorosas descripciones del tsunami y de sus consecuencias. La intención de Pilling es tomar el desastre como el punto de partida para una investigación más amplia sobre cómo la gente y las instituciones japonesas han lidiado con crisis comparables. La historia contemporánea del país ha estado marcada por cambios de dirección abruptos como respuesta a amenazas existenciales: la revolución desde arriba de la Restauración Meiji en la década de 1860; la expansión imperialista mediante la *blitzkrieg* de las décadas de 1930 y 1940; el crecimiento vertiginoso que la convirtió en la segunda economía más grande del mundo en la década de 1970 y 1980; el estallido igualmente dramático de la burbuja inmobiliaria después de 1989, que la catapultó al liderazgo mundial de los bancos zombis y el estancamiento deflacionario, ese «escenario japonés», un espectro que recorrió Europa y Estados Unidos después de 2008. ¿Podrían acaso los horrores del tsunami y el accidente nuclear de Fukushima (además de, desliza Pillings, el auge de China) galvanizar a los líderes japoneses y producir un nuevo salto adelante? En sucesivos capítulos, examina la ideología de la singularidad japonesa, la historia del país desde la época Meiji hasta la Guerra del Pacífico, el milagro económico de las décadas de la posguerra y la debacle de la década de 1990. Después evalúa los efectos sociales y culturales de las décadas posteriores de crecimiento lento, las formas en las que esto se ha abordado, los años de Koizumi, las perspectivas demográficas de Japón, la situación de las mujeres y los jóvenes y el aislamiento diplomático. En un posfacio se pregunta si Abe aprovechará esta oportunidad para, de nuevo, «doblegar a la adversidad».

En esencia, el libro se divide entre tres tipos de escritura: reiteración, rectificación y reportaje. Los capítulos sobre la economía de la posguerra repasan relatos que les resultarán familiares a cualquiera habituado a leer los periódicos. A esto le siguen secciones mucho más sólidas que desentrañan el imaginario nacionalista (no hay nación que parezca más unida u

homogénea que Japón), un imaginario que no solo vincula a los derechistas y la gente de la calle, sino también a muchos analistas, que describen el país exclusivamente en términos de lo diferente que es con respecto al resto del mundo. Este buen ojo para la diversidad mantiene fresco el reportaje, que alcanza sus mejores momentos cuando cubre el tsunami. El libro se inicia con el país patas arriba y con sus estructuras conmocionadas. Con un estilo apasionante, Pilling cuenta la historia del triple desastre (terremoto, tsunami, desastre nuclear) a través de la historia de Rikuzentakata, una antigua ciudad cuyos 70.000 pinos costeros estaban considerados como una de las bellezas naturales de Japón. Estos resistieron el terremoto de 9,0 que derritió la tierra con la fuerza de 600 millones de bombas de Hiroshima, pero no fueron defensa contra el tsunami que aconteció media hora después. Un polvo fantasmal, los restos de los edificios derruidos, precedieron al muro de barro que se alzó hasta los nueve metros y que redujo el lugar a un desastroso amasijo de hogares, barcos, escuelas, hospitales y fábricas. Cuatro minutos después de que el tsunami llegara a la orilla ya no quedaba nada en pie y había fallecido una persona de cada veinte: «Era como si el mundo fabricado por el hombre vomitara sus entrañas. Las cosas que habitualmente están ocultas (tuberías, cables eléctricos, relleno de colchones, vigas de metal, ropa interior, generadores eléctricos, cableado) de repente estaban a la vista de todos, como secretos excretados de los intestinos de la vida moderna». Las olas irrumpieron incluso en los centros de evacuación, los refugiados se subieron a los tejados, desde donde fueron arrastrados. Los ancianos se ahogaron en sus camas, los jóvenes, al intentar rescatarlos.

En el otro extremo del libro, como en una película de acción de comedia negra, se nos presenta al Gobierno y a la compañía eléctrica chapuceando con los trabajos de limpieza de Fukushima, ocultando información y destrozando los pocos vestigios de confianza ciudadana. Mientras el presidente de TEPCO se esconde en su oficina, el primer ministro ordena lo que los directivos de la empresa se resisten a hacer: apagar la planta y contener la fusión arrojando agua de mar dentro de los reactores. Pero los fuertes vientos arrastran las cargas que los helicópteros han arrojado de vuelta al mar. El defensor del pueblo, la Agencia de Seguridad Nuclear e Industrial cubren rutinariamente los accidentes e ignoran las señales de alarma de los controles de seguridad. Los obreros que ejecutan estos trabajos lo hacen bajo condiciones pésimas. Casi el 90 por 100 de la fuerza de trabajo en Fukushima Daiichi estaba subcontratada o doblemente subcontratada, y a los jornaleros les adjudicaban las tareas más peligrosas para la salud. El Gobierno evaluó la evacuación de Tokio, un área metropolitana en la que viven 35 millones de personas, pero no publicó informes sobre la cantidad de radiación que se estaba filtrando. Una ciudadanía aterrorizada no estaba dispuesta a dejarlo pasar y más de 100.000 personas salieron a la calle en la capital en protestas

recurrentes, algo que apenas fue recogido por los medios de comunicación japoneses, que suelen comportarse más como perrillos falderos que como perros guardianes. La catástrofe despertó tanto una enorme solidaridad, de la que Pilling aporta ejemplos conmovedores, como una discriminación provinciana. En Kioto la gente rechazó acoger las ceremonias funerarias por el alma de los muertos de Rikuzentakata, porque temían que las tablillas de madera que llevaban el nombre de los muertos, una vez quemados, contaminaran la antigua capital. El alcalde rural de Tohoku no respondió a esto con rencor, sino con la dignidad y el decoro que pocas veces estaán ausentes de las interacciones sociales en Japón.

En el manejo de estos acontecimientos dramáticos, la sensibilidad antropológica de Pillings, sus dotes de empatía y observación prestan un buen servicio a su estilo periodístico. En general, evita los análisis críticos del tipo ofrecido habitualmente por académicos como Karel van Wolferen, Jeff Kingston, R. Taggart Murphy o Gavan McCormack. Opta, en su lugar, por adoptar el papel del oyente dispuesto, con una aguda mirada etnográfica. Los antropólogos posmodernos asentirían con aprobación ante su intención de retratar Japón «tal y como me lo encuentro» y «permitir, en la medida de lo posible, que los japoneses se expresen por sí mismos con toda su diversidad y su escandaloso desacuerdo». Esto implicaba tomarse las molestias de aprender el idioma. Pilling es modesto acerca de su dominio hablado, pero puede leerlo, que es mucho más difícil; después de todo, la ortografía combina tres sistemas de escritura diferentes y exige el dominio de al menos dos mil caracteres, cada uno de ellos pronunciado de diversas maneras, dificultades más que suficientes como para desalentar a la mayoría de los reporteros. Esa polivalencia de intenciones se manifiesta en el título del libro, tomado de un dicho japonés, que sin las preposiciones tiene una agradable ambigüedad y que alude indirectamente al objeto en tanto agente: doblérgase bajo la adversidad demuestra resiliencia, tanto como doblérgar la adversidad sugiere fuerza.

En los extensos pasajes del libro que se centran en la vida social y económica bajo condiciones no de emergencia, los resultados son más ambiguos. Cuando describe la devastación del tsunami, Pilling se reúne y charla con gente humilde: un antiguo artesano, un par de mujeres que llevan un modesto café, un empleado de hotel. Pero fuera de la zona de desastre, su horizonte social se estrecha. No hay obreros, ni granjeros, ni amas de casa, categorías incomprensibles dentro del círculo de las páginas salmón. Las tarjetas de visita del *Financial Times* abren muchas puertas, pero tras ellas residen sobre todo espejos de su propia masa de lectores: hombres de negocios en empresas de tecnología punta, comentaristas mediáticos, intelectuales pop, novelistas famosos, un par de miembros de ONG. A menudo expresan opiniones gráficas y mordaces y pocas veces están de acuerdo. La academia y las bellas artes no salen mejor paradas. Destaca entre ellos

un sociólogo crítico, Yamada Masahiro, cuya visión poco optimista de los cambios generacionales en Japón produce desazón en Pilling. El crítico literario Kato Norihiro, firma habitual de *The New York Times*, no consigue convencerle de que el crecimiento cero no es importante, pero que tiene una apariencia melancólica. Queda mejor la frescura del estudiante de doctorado, líder de ventas, Furuichi Noritoshi, que explica que la juventud japonesa nunca ha tenido mejores oportunidades que ahora. Haruki Murakami vuelve a ensartar sus reflexiones ya gastadas sobre la generación perdida y una novelista popular explica el destino más triste de las mujeres. A medida que se suceden las entrevistas, ninguna resulta aburrida o poco informativa. Pero el *collage* resultante, en el que nada destaca ni para bien ni para mal, no acaba de funcionar como guía del país; en cualquier caso, sería uno muy limitado, que no refleja los rasgos no convencionales. El filósofo *zainichi*¹ de origen coreano Sangjung Kang o un analista financiero heterodoxo como Akio Mikuni no deben de haber estado en la agenda de contactos del periódico. Habría tenido mucho más interés entrevistar al director de animación Hayao Miyazaki que escuchar una vez más al sobreexpuesto Murakami.

Por supuesto, no hay grupo de entrevistas capaz de trazar una representación completa de un país sin convertirse en una enciclopedia. Más significativa es la forma en la que las instituciones desaparecen de la imagen de Japón que evoca este *collage* de individualidades. Ni la burocracia, ni la universidad, ni los medios de comunicación, ni los sindicatos, ni los partidos políticos, ni las confederaciones de empresarios, ni la *yakuza*, ninguno está presente. Es como si los temas que abordan flotaran sencillamente en el espacio de sus propias opiniones. Pilling habla largo y tendido con Yoichi Funabashi, un «viejo amigo» y editor del *Asahi Shimbun*, pero no dice una sola palabra sobre el papel del periódico. En términos de Bourdieu, es gente cuyo campo se ha retirado y ha quedado solo el *habitus*. Pero estos retratos, detalladamente descritos, son personales solo en la medida en la que encajan en una fórmula estilizada. Pilling nunca los entrevista en sus casas y solo ocasionalmente lo hace en sus despachos. En vez de ello, sus localizaciones favoritas son un café, un bar, un restaurante o el recibidor de un hotel, y describe minuciosamente su ropa y su peinado, como si estuviéramos leyendo una y otra vez un artículo de la sección de los sábados «Lunch with the *Financial Times*». De hecho, la apariencia y el decorado se convierten en puntos de anclaje obsesivos de sus intercambios.

Masahiko Fujiwara: «Nos encontramos en un restaurante de estilo escandinavo en un valle aireado y verde que dista un mundo del calor sofocante de Tokio [...]. Fujiwara es un hombre de apenas sesenta años, muy delgado, de apariencia ligeramente desgarbada, vestido con una camisa de cuadros y unos chinos blancos. Su pelo entrecano brotaba aquí y allá como

¹ Ciudadanos de etnia coreana con residencia permanente en Japón [N. de la T.].

juncos salvajes». Murakami: «En una ocasión pasé la tarde con Murakami en un restaurante tranquilo llamado Tamasaka en el distrito de Aoyama, en Tokio. La calle, como muchas otras de esta ciudad de barrios secretos, no estaba pavimentada, excepto con una línea blanca pintada y estaba flanqueada parcialmente por un muro de piedra grande y desigual, que daba a los alrededores un aire casi medieval». «Murakami llevaba un traje azul intenso y una camisa sin cuello». Kato: «Nos encontramos, muy apropiadamente, en el recibidor de un hotel construido durante los años de la burbuja. Era un poco demasiado ostentoso como para quedar bien y parecía ya anticuado en un Japón en el que la discreción vuelve a ser señal de buen gusto». «Vestía vaqueros y una camisa morada». Kumiko Shimotsubo, producto de un mercado de trabajo que desperdicia el talento de las mujeres con educación universitaria, de nuevo parece una comensal de uno de los almuerzos del *The Financial Times*: «Nos encontramos en el elegante salón de té del hotel Imperial, donde un mosaico de Frank Lloyd Wright cubre una de las paredes». Shimobutso «es esbelta, va vestida a la moda y lleva un collar de perlas de dos vueltas como ribete de su jersey». Katsuo Kirino, autora de novelas populares: «En el entorno afelpado de la Fiorentina, un café italiano en el recibidor de Gran Hotel Hyatt de Tokio, obras de arte contemporáneo de gran tamaño compiten por la atención con la gente guapa que deambula por ahí». «Su atuendo es informal, con un top floreado, mallas y zapatos de suela de corcho». Y así sigue y sigue...

¿Qué efecto tienen los argumentos de este libro? La opinión de Pilling sobre las «décadas perdidas» se resume en el título. Japón no se ha limitado a ser un simple prisionero de la adversidad (el estancamiento económico y la desorientación social), sino que se ha adaptado a ella de manera creativa. No adjudica responsabilidades por la burbuja que, a finales de la década de 1980, fue consecuencia de la intervención sobre la moneda que hizo el Tesoro norteamericano en 1985, el «Acuerdo del Plaza»; la burbuja se considera una «consecuencia inevitable» del crecimiento rápido. Pero, aun así, reconoce que el impacto de su estallido en 1991 fue, no obstante, muy grave. Una vez que se instaló la deflación, la economía flotaba en un «estado criogénico» en el que el PIB, el mercado de valores, el precio de las propiedades y el coste de la vida quedaron prácticamente inmóviles durante dos décadas. Una lata de refresco que costaba 1 libra esterlina en 1990 hoy tiene el mismo precio; el PIB era de 476 billones de yenes en 1991 y dos décadas después apenas se había movido hasta los 477 billones de yenes. Pilling observa que entonces era más sensato guardar los ahorros en la nevera que meterlos en el banco, puesto que al menos se ahorraban las comisiones y la tasa criminal es baja. La comunidad internacional criticó intensamente la medida, pero ante la perspectiva de recesiones provocadas por el desendeudamiento forzoso que sigue a la explosión de una burbuja financiera y el declive del consumo

de los hogares, los países occidentales recurrieron a la misma panoplia de medicamentos que había confeccionado Japón: «flexibilización cuantitativa» [*quantitative easing*] masiva, tipos de interés casi a cero y paquetes de medidas de estímulo que combinaban obra pública y reducción de impuestos. El rescate bancario implementado por el Ministerio de Economía en 1997, una inyección monetaria del mismo tamaño que el TARP² estadounidense de la década posterior, en una economía que supone solo un tercio de la de Estados Unidos, simplemente ayudó a mantenerse a flote. Por ahora, el Gobierno tiene el colchón de los ahorros de los derrochadores miembros de la generación del *baby boom*, pero no durará mucho tiempo. Los japoneses que rondan la treintena solo ahorran el 5 por 100 de su nómina, mientras que sus padres apartaban una cuarta parte de su sueldo. La deuda pública supone en estos momentos el 230 por 100 del PIB y este bombeo de suero para un paciente comatoso no puede continuar indefinidamente.

Sin embargo, los bonos japoneses siguen siendo una apuesta segura, incluso con los rendimientos a diez años por debajo del 1 por 100. En términos de la renta per cápita real, Japón superó ligeramente a Gran Bretaña o Estados Unidos entre 2002 y 2012, con un crecimiento de un 0,9 por 100 anual, en comparación con el 0,8 por 100 de Estados Unidos o el 0,7 en Gran Bretaña, si bien esto se debió en parte a que el descenso de la población ha amortiguado el impacto del estancamiento económico. Algo más sorprendente si cabe, muchos de los males sociales a los que se enfrentan otros países capitalistas aparecen en Japón de una forma muy atenuada. Las calles son seguras, los servicios sociales no han sufrido recortes y el número de parados ha caído de nuevo por debajo del 5 por 100 de la población activa. La tasa de paro entre los jóvenes, que ahora se encuentra en un «elevado» 8 por 100, es una cifra con la que muchos países europeos solo pueden soñar. Si Occidente en su conjunto entra ahora en un periodo de crecimiento drásticamente reducido, ¿no podría ser que Japón ahora fuera un precursor cuya habilidad para lidiar con ello lo convertiría en la envidia de otras sociedades?

Pilling tiene un cuidado exquisito en salpicar sus juicios con una retahíla muy bien hilada de muletillas de reportero, tipo «los analistas dicen», o «parece que», las valoraciones deben venir siempre en boca de otros. La aspiración al equilibrio periodístico, que le hace decir en una ocasión determinada que Japón es «resiliente y adaptable» y en la siguiente que «tal vez ha perdido algo de su esencia», encaja bien con su abundante empleo del material procedente de entrevistas desde el momento en el que se centra en temas sociales y demográficos. En lugar de una argumentación o de una receta, el lector obtiene una cacofonía de voces aleatorias. El resultado es una tendencia general a los vaivenes analíticos, al muestreo carente de síntesis.

² Troubled Asset Relief Program, paquete de medidas de apoyo al sector financiero aprobado en Estados Unidos en octubre de 2008 [N. de la T.].

Por una parte, la desregulación del mercado laboral cierra las puertas al empleo para toda la vida y el precio a pagar por la libertad de elección es la inseguridad. El paisaje juvenil está poblado por *freeters*³ con empleos precarios por la «generación *yutori*»⁴: para quien cualquier cosa vale; los *hikikomori* que nunca salen de casa; los «solteros parásitos», que exprimen a sus padres hasta bien entrada la treintena. Pero, por otra parte ¿no habría que decir algo sobre un estilo de vida de «calma y lentitud» tras la adicción al trabajo incesante de la generación anterior? ¿Acaso Furuichi no se alegra de la aparición de una «sociedad de consumo», de un *carpe diem*? Las mujeres sufren una escasez absoluta de servicios para el cuidado de los niños, un salario inferior, el 60 por 100 del de los varones, y una discriminación en el entorno laboral que se sitúa en un puesto inferior incluso a Filipinas; pocas de ellas acceden al Parlamento o a puestos de gestión superior. Pero ¿acaso no se está produciendo una prometedora rebelión? La tasa de divorcios aumenta, como solo puede hacer partiendo casi de cero, y el retraso del matrimonio restringe ahora sus servicios como «máquinas de hacer bebés», como las ha descrito recientemente el ministro de Salud.

El panorama demográfico puede parecer malo, pero, como muchas otras cosas que figuran en *Bending Adversity*, en el fondo no es tan malo. Una sociedad envejecida es un símbolo de riqueza y de la eficacia de la atención médica; las bajas tasas de natalidad son un indicador de desarrollo económico y educativo. La juventud que acaba consiguiendo contratos temporales, que ahora suponen el 30 por 100 del total del empleo, una cifra que va en aumento, ¿debería disfrutar de su nueva autonomía o temer por su futuro? Este ir de flor en flor impide que Pilling ponga los pies en el suelo, incluso cuando es evidente que es necesario. ¿Ha aumentado la desigualdad? «No», nos asegura. «No en la misma medida que en otras naciones». De hecho, solo Estados Unidos y México superan ahora a Japón en el *ranking* de la ONG que mide la brecha entre ricos y pobres. Al enterrar su caso particular entre las tendencias globales, Pilling dulcifica la gravedad de la situación a la que se enfrentan los veinte millones de japoneses que en la actualidad viven por debajo del umbral de la pobreza, en un país que antaño presumía de una clase media que supuestamente incluía al 90 por 100 de la población.

Su cobertura de los asuntos políticos es otra historia. Pilling parece, por temperamento, un hombre bastante apolítico, no en el sentido de no tener opiniones políticas sino, en el de que, como da por sentadas tantas cosas de la sabiduría convencional, la política no le interesa demasiado. Sus intereses están en otros temas. Lo que le atrae en cualquier campo son los arrojados aventureros que ignoran a los derrotistas para arriesgar con innovación e

³ Neologismo japonés para designar a los jóvenes precarizados [N. de la T.].

⁴ Término despectivo para referirse al fracaso escolar y la baja calidad de la enseñanza recibida [N. de la T.].

impulsar el país hacia adelante: Ito en la época Meiji; Morita, de Sony, en los años de la posguerra; Mikitani o Rakuten en el nuevo siglo. Para él, por lo tanto, la época política comienza en 2001 con la elección de Junichiro Koizumi, el «*samurai* con tupé». Bajo su «extraordinario mandato», Japón conoció un minicrecimiento y un *boom* de la productividad, mientras que él refrenaba la deuda mala, desregulaba el mercado laboral, recortaba el gasto público y, en una batalla épica (abalanzándose sobre la gorda panza del cerdito de la hucha con el hacha del carnicero), retorció la legislación para privatizar el sistema de ahorro postal. «Una mezcla no habitual de aplomo y convicción política», Koizumi no fue únicamente «el primer ministro más excepcional» de la historia de posguerra, cuya dimisión en la cumbre de su poder fue un «gesto heroico». Echando la vista atrás, fue, en muchos sentidos, «el Barack Obama de Japón».

En el mismo momento en que Pilling soltaba esos disparates en Tokio, su periódico en Londres alababa a Blair en el mismo estilo. Pero, entre los políticos neoliberales, Koizumi no fue únicamente el más sobrevalorado, sino probablemente el más ineficaz. Convocó unas elecciones con el fin de aprobar una ley que privatizaría el servicio de correos (supuestamente, la clave del futuro del país), una ley que ni siquiera se había leído, pero que, en cuanto abandonó el cargo, era letra muerta. Su legado fue poco más que un aumento del precariado del país. Pilling concede desganadamente que «la gente no parece echar de menos su política» pero insiste en que, en cualquier caso, «la ausencia del hombre produce nostalgia». De cuánta nostalgia hablamos quedó claro este año, cuando su regreso a la política fue ignominiosamente arruinado en las elecciones municipales de Tokio.

A pesar de todo ello, el legado más importante de Koizumi pasa casi desapercibido en el libro. Mientras la economía china estaba a punto de superar a la japonesa, aprovechó cualquier oportunidad para estrechar los lazos con Estados Unidos. Entre torpes interpretaciones de canciones de Elvis y gestos de colegueo machote con Bush, Koizumi envió a las tropas japonesas para contribuir a la ocupación de Iraq y alineó a las Fuerzas de Autodefensa del país en una postura más ofensiva, como llevaba exigiendo Estados Unidos desde hacía tiempo. Bajo su mandato, el protectorado del Pacífico se arrimó aún más si cabe a sus amos de Washington. Pilling no señala de ningún modo esta progresión. La omisión es representativa de la minimización generalizada en su análisis de todo lo que respecta al papel de Estados Unidos en la historia de la posguerra japonesa, que en su relato se retira tranquilamente tras la Guerra de Corea. Apenas ofrece un indicio de la extraordinaria relación que abandonaba dos ámbitos centrales de la soberanía estatal de Japón (la política exterior y la seguridad) en manos de una potencia extranjera. Su afirmación de que la «disfunción política» es algo que aconteció en la década de 1990 borra cuatro décadas de deformidad

democrática moldeada por Estados Unidos en 1955 cuando, ante la evidencia de la victoria del Partido Socialista, reinventó el sistema político fundiendo los partidos conservadores Liberal y Democrático, mientras que el dinero que la CIA inyectaba aseguraba el voto rural, que, debido a un reparto desequilibrado, vale seis veces más que su homólogo urbano. El resultado fue un gobierno prácticamente ininterrumpido de un único partido durante el medio siglo siguiente.

Los recuerdos de la época de la guerra continúan ulcerándose en una región en la que ninguno de los países que más sufrieron bajo el imperialismo japonés fue invitado a la mesa de San Francisco donde se firmó el tratado redactado por Dulles, que ponía fin a la guerra, un documento cuya expresión final, entre otros defectos, dejaba a las islas Daioyu/Senkaku y Dokudo/Takeshima con un estatus ambiguo, un asunto que hoy provoca airadas disputas. Pilling lamenta la ausencia de un «momento Willy Brandt» (en 1970 el canciller alemán se arrodilló ante el monumento a las víctimas de la rebelión del gueto de Varsovia, un gesto espectacular y teatral), pero su ausencia no es de extrañar en un país donde ni al Partido Socialista ni al Partido Comunista, que se oponían a las guerras del emperador, se les permitió acceder a ningún tipo de poder durante muchos años a partir de 1955. Cuando, en 1994, tras cincuenta años de exclusión del Gobierno, el Partido Socialista Japonés publicó la primera disculpa formal por las agresiones de los años de la guerra por parte de un primer ministro japonés, ya era una brizna marchita de su antiguo ser, que había negociado una aparición momentánea como adorno de una coalición gubernamental a cambio de una pala para cavar su propia tumba. Desde entonces, se han producido declaraciones similares, con tanta regularidad como las afirmaciones que las socavan.

La descompensación que apuntala esta «relación especial» se cuestionó cuando una guerra de facciones dentro del Partido Liberal Democrático colocó al Partido Democrático de Japón, de reciente formación, pero que igualmente es un débil entramado de grupos de la oposición, al timón del Estado en 2009. Creado a imagen y semejanza del Nuevo Laborismo, el PDJ ofrecía una turbia plataforma de políticas de incentivo del consumo y favorables a las familias, tan ideológicamente vaga como la del Partido Liberal Democrático al que desplazaba. Pilling cita a un experto politólogo, que compara la elección de los votantes con la elección entre un Nissan y un Toyota. Pero el líder del Partido Democrático de Japón, Yukio Hatoyama (el hijo heredero, como Koizumi, de un poderoso político), sí destacó personalmente en un asunto: las relaciones con Estados Unidos. Hatoyama envió una potente delegación de doscientas personas a Pekín para reorientar al país en la senda de lo que él consideraba un mundo multipolar y ya no monopolar e intentó recortar los 4 millardos de dólares que, en concepto de «cuota de apoyo como nación anfitriona», se destinan anualmente a las bases militares estadounidenses que ocupan el

20 por 100 del territorio de Okinawa, así como bloquear el traslado de los marines desde Futenma a una localización más extensa en Henoko. Pilling apenas dedica cuatro líneas a este punto de inflexión potencial de la historia japonesa. No dice una palabra sobre la virulenta reacción de Washington (los enconados desaires diplomáticos que se convirtieron en afirmaciones que ponían en duda la salud mental del líder electo japonés) que, en combinación con una implacable campaña de televisión y prensa por parte del grupo Asahi, hicieron recular a Hatoyama para después mandarlo a la basura. Si allí hubo fricciones, sugiere Pilling, se debieron a la posición «insensata» del rechazado primer ministro.

En la misma tónica, tampoco le sorprende que, cuando las familias de un trío de jóvenes japoneses que fueron secuestrados en el curso de una misión humanitaria en Iraq pidieron públicamente la retirada de la participación de las Fuerzas de Autodefensa en la ocupación estadounidense, la opinión pública se volviera en su contra: «En su inocencia, las tres familias tropezaron con el tema más candente de la política exterior en ese momento». Cualquier desafío al poder global de Estados Unidos, por tibio que sea, es automáticamente una metedura de pata de la que solo un palurdo puede ser capaz. En reacciones de este tipo, Pilling se revela como un intelectual asalariado, tan presto para rendir vasallaje a la visión del mundo de su patrón como los oficinistas que regurgitan las canciones de la empresa en las noches de karaoke. Su versión de esto sería: «En el *Financial Times* debo dar las gracias en especial a Lionel Barber, nuestro brillante y dinámico editor». «Soy sin duda afortunado por haber trabajado tantos años en una organización de noticias tan buena como esta».

Bending Adversity se cierra con un posfacio sobre el segundo advenimiento de Abe. Nadie se esperaba que un líder que en su primera aparición como sucesor elegido a dedo de Koizumi había durado menos de un año, y que había abandonado el Gobierno bajo la sombra del escándalo, fuera considerado ahora la gran nueva esperanza; pero esta vez, nos asegura Pilling, viene armado con «cañonazos económicos». Le resulta más difícil entusiasmarse con él tanto como con Koizumi, puesto que la versión de Abe del nacionalismo japonés es más radical y crea unas tensiones con Corea del Sur que son un dolor de cabeza para Estados Unidos en su intento de coordinar un frente del Pacífico para contener a China. Y su equipo de gobierno tiene a veces una notable falta de tacto. El comentario del viceprimer ministro Taro Aso, diciendo que Japón tiene mucho que aprender sobre la diestra forma en la que el Tercer Reich reformó la Constitución de Weimar, fue un motivo de vergüenza. Pero la audacia del programa económico de Abe, inundar el país de dinero en efectivo para así propulsarlo y sacarlo de la deflación, es «estimulante». La Abeconomía, para Pilling, es esencialmente una prueba de constructivismo social: si se tiene fe en ella, el crecimiento se

producirá. El cóctel para resucitar los espíritus animales japoneses mezcla un paquete de gasto de 110 millardos de dólares, la impresión de dinero para alcanzar una tasa de inflación del 2 por 100 y el ahondamiento en la desregulación. Nada que no se haya intentado antes, pero nunca en proporciones tan grandes. Cuando se lanzaron las dos primeras balas, el yen se devaluó en los seis meses siguientes, pasando de 77 yenes por dólar a aproximadamente 100 yenes por dólar, y la bolsa se recuperó el 65 por 100. La deflación en su momento produjo tipos de interés bajos y la relajación del servicio de la deuda. La inflación empobrecerá a los trabajadores si los salarios no aumentan. Abe ha presionado a las empresas para que aumenten los sueldos, pero no ha llegado tan lejos como para ordenar un incremento del salario mínimo; el aumento del 1 por 100 que han aplicado compañías como Toyota no está a la altura del golpe que ha supuesto el aumento al doble del impuesto sobre el consumo que se decretó en abril.

Pero el movimiento más audaz quizá aún no haya llegado. La Trans Pacific Partnership, aunque lleva elaborándose varios años, figura muy poco en el libro. Para Abe no es algo completamente nuevo (fracasó en su intento de conseguir un acuerdo comercial con Estados Unidos en su primer mandato). Pero un club ampliado de «todos menos China» tiene un enorme atractivo político tanto para Keidanren como para Washington. La República Popular China ha sido el socio comercial más importante de Japón en los últimos diez años, pero a medida que se espesa la interdependencia económica, los impulsos chovinistas se agudizan. El otro «atractivo comercial» de Abe, en la expresión de Pilling, es su firme postura sobre las islas Diaoyu/Senkaku. Lo que no debate Pilling es la agenda política a largo plazo del primer ministro. Reprende a Abe sobre las visitas a Yasukuni y los comentarios revisionistas sobre las atrocidades en tiempos de guerra (Abe ha puesto en duda incluso que la expansión colonial de las décadas de 1930 y 1940 pueda considerarse una «invasión»), pero no discute las revisiones constitucionales, de mucho mayor alcance, que el primer ministro ha perseguido desde que puso el pie en el Gobierno. Estas revisiones alterarían casi todos los artículos, ampliarían el alcance de un eventual estado de emergencia; transformarían las denominadas Fuerzas de Autodefensa en un ejército propiamente dicho y subordinarían la libertad de expresión, asociación y prensa al mantenimiento del orden público. ¿Debería preocuparnos esto? Puede que no cuenten con el apoyo ciudadano para una revisión tan radical, pero hay maneras de sortear este escollo. Frente a una amplia oposición, Abe ha cursado recientemente una reinterpretación del artículo 9 que permite la autodefensa colectiva, un movimiento que Pilling, al igual que los nacionalistas de Kasumigaseki, ha alabado como un «acercamiento mínimo» a la normalidad.

En la visión de Japón que tiene Pilling, la derecha está tan ausente como la izquierda. La sociedad civil, no la sociedad política, es la solución

para los problemas del país. Elogia el informe oficial sobre el desastre de Fukushima porque no culpa a nadie en particular, ni a los funcionarios ni a las instituciones, sino más bien a las actitudes. Para sacar del atolladero a Japón, ofrece su libro como una «llamada a la acción individual y colectiva». Las crisis gemelas de 1995 (el gran terremoto de Kobe y los ataques con gas sarín en el metro de Tokio) espolearon un compromiso más activista: ¿por qué no debería provocarlo igualmente el triple desastre actual? Esta esperanza es un reflejo de la versión blanda de la historia que descarta la conflictividad de la posguerra para limitarse a hablar del crecimiento durante la misma. En un libro con una perspectiva tan amplia como el de Pilling es inevitable que se queden muchas cosas fuera, pero todo lo que el lector obtiene sobre los desafíos históricos al sistema es un sucinto «la conflictividad laboral proliferaba». No se nos cuenta nada de los millones de personas que tomaron las calles en las protestas de la década de 1960 contra la ampliación indefinida del Tratado de Mutua Cooperación y Seguridad entre Estados Unidos y Japón, que ha mantenido a este país como un protectorado militar estadounidense y que se aprobó de tapadillo en una sesión casi clandestina, con la policía en la Dieta, para reprimir a la oposición. Las masivas huelgas mineras que tuvieron lugar ese mismo año y el siguiente, cuando uno de cada diez policías del país se destinaron allí para sofocar la «guerra total entre el trabajo y el capital», tampoco se mencionan. Ni tampoco a los estudiantes que libraron batallas campales contra la policía protestando por Okinawa y Vietnam. No es de extrañar que la sociedad civil, incluso en su forma contemporánea mucho más domada, fascine al autor.

¿Cuáles son las perspectivas hoy? «La opinión popular», nos informa Pilling, «se ha vuelto marcadamente contra la energía nuclear», y «un área de progreso significativo» ha sido «el derecho ciudadano a conocer», en «un pulso acelerado por la transparencia gubernamental». La legislatura de Abe despachó rápidamente estas peticiones. El Partido Liberal Democrático se deshizo este invierno del candidato antinuclear a la alcaldía de Tokio y una Ley sobre Secretos Gubernamentales, que amordazaba a la prensa en un grado desconocido hasta el momento, se ha abierto camino en la Dieta. La simpatía con la que Pilling habla de la cultura japonesa es evidente, pero el país necesita acicates, no consuelos ni tampoco una versión más suave de aquella obra de Ezra Vogel⁵ que, a fuerza de halagos, se convirtió antaño en un *best seller*.

⁵ *Japan as Number One: Lessons for America* (1979) [N. de la T.].